



## HUMANIDADES EN MEDICINA

### Ser médico... «desde las cumbres de Gredos a la Real Academia de Medicina»

### Being a physician... «from the peaks of Gredos to the Royal Academy of Medicine»



Figura 1 Mis padres, Cayetana y Eloy.

Nací en el seno de una modesta familia campesina, en Retuerta (Umbrías), una aldea al recuesto de las rocosas cumbres de Gredos. Fui el menor de los 4 hijos del matrimonio formado por Eloy (q.e.p.d.) y Cayetana (q.e.p.d.), que cumplió los 100 años en plena salud y lucidez (fig. 1). Allí nieve, agua y frío. Crecimos como niños yunteros. Escuela, poca. En mi caso, la paterna. Aprendí todo a la sombra de mi padre, labrador castellano, hombre excepcional, de carácter energético, dotado de una rectitud, voluntad y capacidad de trabajo fuera de lo común. Durante los años de mi infancia no había Maestro en el pueblo y yo tuve el privilegio de encontrar en él, además de un padre, un verdadero Maestro, que, sin serlo oficialmente, me enseñó y educó al estilo de la Institución Libre de Enseñanza, después de haberse educado a sí mismo. Pienso que jamás podré ostentar otro título, para mí más honroso, que el de ser hijo suyo. En aquella tierra de pan llevar, al pie mismo de las Montañas de Gredos, en aquella tierra de la que don Miguel de Unamuno dijera:

«...tú me levantas tierra de Castilla,...  
Tierra nervuda, enjuta, despejada,...»

descubrí como tantos otros niños yunteros, la aventura de mi propia vida.

Vine a la capital abulense desde mi pueblo, por vez primera, mediado el otoño de 1940. Crisis la de entonces. Viajar hasta Ávila en autobús, con gasógeno, si había billete, era algo indescriptible. A veces empujando el autobús. Todavía recuerdo mi primer viaje a la capital, a mis 10 años, para hacer el examen de ingreso en el Instituto de Enseñanza Media donde estudié el bachillerato. La primera noche que pasé en Ávila me impresionó la tenebrosa voz de quien resultó ser el sereno, diciendo «!Ave María Purísima!, son las doce y nublado». Más tarde, me resultaba grato escuchar el nocturno mensaje emitido por aquel singular hombre del tiempo.

De mi paso por el Instituto, recuerdo con cariño y gratitud a muchos de mis profesores. Maestros prefiero llamarlos. Gracias a ellos nacieron mis primeras aficiones científicas y docentes. Jamás podrá olvidar la atmósfera intelectualmente estimulante de la que nos rodearon. Ellos contribuyeron decisivamente a la formación de una generación de abulenses que guardan aquellos años mozos como uno de sus mejores regalos. Así lo reconoce uno de nuestros



Figura 2 D. Benigno Lorenzo Velázquez.

más ilustres compañeros, el ex-presidente Adolfo Suárez, que en una reunión, me comentó: «*muchas de las cosas que yo hice se las debo a la formación que recibí en el Instituto de aquellos sabios y queridos Maestros*».

Terminado el bachiller, estudié en la Facultad de Medicina de Madrid, entonces la Universidad Central, y allí tuve la fortuna de contar entre mis Profesores, prefiero decir Maestros, con las más ilustres figuras de la medicina española. Entonces, conocí al Profesor D. Benigno Lorenzo Velázquez (fig. 2), a la sazón Catedrático de Farmacología y Terapéutica Clínica y abulense como yo. Siendo estudiante, obtuve, por oposición, una plaza de alumno interno (el equivalente al actual MIR), en el Hospital Provincial y fui destinado al Servicio de don Gregorio Marañón, con un salario de 250 pesetas mensuales (y eso por ser alumno interno de primera, porque también los había de segunda). En los cursos clínicos que allí estuve, don Gregorio Marañón me dejó perenne huella. A su lado adquirí experiencia clínica y tuve la oportunidad de ver una amplia patología, además de la estrictamente endocrinológica, que reunía a enfermos con bocio, con hipotiroidismo, enfermedad de Addison, etc. Hoy, aquél viejo Hospital Provincial, que en su día dio cobijo a lo más grande de la medicina española, es el Museo de Arte Reina Sofía.

Pronto, sin embargo, atraído por la personalidad y el magisterio de don Benigno, me polaricé definitivamente a la Farmacología. Obtuve el Premio Hernando, dotado, por aquel entonces, con 500 pesetas y un diploma. Ello me permitió comprar mi primer reloj de pulsera, convidar a comer a una amiga en un restaurante caro de Madrid y hacer un regalo a mi madre. A pesar de todo, me sobraron 75 pesetas.

Terminada la licenciatura, hice el doctorado y obtuve el Premio Extraordinario. Poco después viaje a Italia (1955) y Francia (1957), becado por el CSIC y la Fundación Juan March.

A mi vuelta a España, mientras trabajaba en el Laboratorio de Farmacología me concentré en la preparación de oposiciones y obtuve una plaza de médico de número de la Beneficencia Municipal (Casas de Socorro). Una tentación a la que han sucumbido prácticamente todos los médicos eminentes de Madrid. En aquel entonces fui llamado por la Fundación Rockefeller (EE.UU.) (1959), para organizar el Departamento de Farmacología y Terapéutica de la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador (CA). Allí encontré ambiente propicio y personas, como yo, ilusionadas. Todos contribuimos a que la Facultad de Medicina de El Salvador fuera un modelo único en cuanto a integración docente, asistencial e investigadora, que siempre recuerdo con cariño. En aquella tierra me propuse estimular la curiosidad, inquietud y creatividad de los jóvenes estudiantes universitarios y, los salvadoreños, así lo entendieron. De aquella Facultad salieron médicos e investigadores de ámbito planetario, acostumbrado a decir. Valga como ejemplo el Profesor, ahora Sir Salvador Moncada, que por circunstancias que todavía no alcanzo a entender no recibió el premio Nobel que en 2 ocasiones merecía por sus clásicos estudios sobre la aspirina, prostaciclina y el óxido nítrico. En este aspecto, con pena, pienso que goza de cierto paralelismo con nuestro D. Fernando de Castro y el seno carotídeo.

En El Salvador eché raíces como si aquel fuera mi destino definitivo. Al modo del poeta Santos Chocano pensaba «*el que vive deprisa no vive de veras. El que no echa raíces no puede dar fruto*». Jamás hubiera dicho la frase agustiniana que reza: «*JSeñor, hazme casto, pero no todavía!*». No me fue fácil dejar aquel país. Todavía el recuerdo me emociona. Pero decidí volver a España después de una larga estancia en los EE.UU. Llegué a Nueva York el año 1962 y allí estuve hasta 1966, primero como becario de los Institutos Nacionales de Salud y más tarde como *Assistant Professor* en el Departamento de Farmacología y Terapéutica de la Universidad de Nueva York, dirigido por el Profesor Robert F. Furchtgott, farmacólogo de prestigio mundial y Premio Nobel de Medicina por el descubrimiento del EDRF (*endothelium-derived relaxing factor*), que resultó ser algo tan simple como el óxido nítrico (NO), el primer caso de un gas neurotransmisor fundamental en biomedicina, tanto en salud, como en enfermedad. Este hallazgo, más tarde permitió el desarrollo del fármaco sildenafilo (Viagra®).

Frente a la modestia centroamericana y española, me impresionó la grandiosidad americana, donde pueden faltar las ideas, la más escasa de las riquezas, pero nunca el soporte humano y económico para desarrollarlas. Fueron aquellos unos años de actividad febril y extraordinaria productividad científica, que no me impidieron junto a la familia gozar de las cosas buenas que Norteamérica ofrecía.

Decidí volver a España a finales de 1965, a pesar del ambiente científicamente estimulante en el que me desenvolvía, y por qué no decirlo, del atractivo desarrollo profesional y económico que allí me ofrecían. Y lo hice, sabiendo que a mi vuelta me faltarían muchas cosas. Volví a Madrid y las dificultades existieron. Comencé navegando en el proceloso mar de la oposición y obtuve fracasos y cosechó triunfos, gracias a la ayuda y estímulo del Maestro a quien he sucedido en la Real Academia Nacional de Medicina.

Ya en España, inicie una nueva andadura universitaria y logré crear un pequeño grupo del que inicialmente formaron parte los doctores Antonio García, el más joven, todavía

estudiante de medicina, Rafael Martínez Sierra, Alfonso Velasco, y Jesús Marín (q.e.p.d) hoy todos catedráticos de universidad. De aquel grupo salen los primeros trabajos enteramente españoles en revistas internacionales.

En el año 1969 obtuve una plaza de Profesor Agregado en Madrid y pronto me llaman para participar en la organización de la recién creada Facultad de Medicina Autónoma. Gano la cátedra de Farmacología y Terapéutica de la Facultad de Medicina de Murcia, me traslado a Valladolid en 1972 y vuelvo otra vez, en 1975, a la Universidad Autónoma de Madrid, donde fui Director del Departamento de Farmacología y Terapéutica hasta el año 2000. Todavía hoy sigo asistiendo como Catedrático Emérito.

Mi labor científica ha descansado específicamente en el estudio de los mecanismos implicados en el proceso de neurotransmisión catecolaminérgica a nivel del corazón, médula adrenal y músculo liso; de su interferencia farmacológica y sus implicaciones terapéuticas; en la definición de parámetros bioquímicos plasmáticos potencialmente útiles para el diagnóstico y pronóstico de las enfermedades que cursan con la alteración de la actividad simpática; de los receptores implicados en la modulación de la secreción del neurotransmisor adrenérgico, un punto de ataque importante para el abordaje terapéutico de la hipertensión arterial y de los accidentes cerebrovasculares; en el estudio farmacológico de la célula cromafín, como modelo de neurona adrenérgica; de los mecanismos involucrados en los fenómenos neurotransmisor y contráctil, problema este que representa uno de los campos más apasionantes de la Farmacología, además del papel que el catión calcio juega en todos ellos. Me ha preocupado también el estudio de la neuroprotección y varios aspectos relacionados con la Farmacología Clínica.

En resumen, el núcleo central de mi trabajo se ha distinguido siempre por la preocupación de utilizar los fármacos como herramienta de trabajo para descifrar los mecanismos subyacentes en procesos fisiológicos o patológicos. Ello constituye el primer paso para el desarrollo de medicamentos potencialmente útiles, con el paso obligado por el tamiz de la Farmacología Clínica. De ella he sido impulsor en nuestro país, a la vez que Presidente de la Comisión Nacional de la especialidad y de la Sociedad Española de Farmacología (SEF).

Académicamente, con la experiencia adquirida en Centro y Norteamérica, he contribuido a la introducción de técnicas pedagógicas modernas en la enseñanza a los estudiantes y médicos de nuestro país. El llamado Minicongreso de Farmacología dirigido y organizado por los estudiantes en la Facultad de Medicina Autónoma de Madrid, con el asesoramiento de sus Profesores anda ya por la trigésima quinta edición y ha tenido repercusión nacional e internacional.

Se ha dicho, y yo acostumbro a decirlo, que si bien mi labor es esta, en realidad es algo más, es el resultado de una tarea colectiva en la que aparecen los colaboradores, en la que desaparece el yo y se confunde con el nosotros. Al margen de la vieja guardia (Antonio, Rafael y Alfonso y, más tarde, Jesús Marín), a lo largo de estos años un buen número de personas, dotadas de excelentes cualidades humanas e intelectuales, han ido enriqueciendo lo que me gusta llamar el grupo de Madrid. No es este el momento de nombrar a todas ellas.



**Figura 3** El autor con el Prof. Robert F. Furchtgott en la Real Academia de Medicina, con ocasión de su nombramiento como Académico de Honor.

He procurado siempre que el espíritu de colaboración vaya más allá de nuestras fronteras. Que vayan los de casa y vengan los de fuera. Así la actividad no se suma, se multiplica. ¿Cuánto no han supuesto las visitas de los doctores Robert F. Furchtgott (EE.UU.) (fig. 3), Erwin Neher (Alemania), ambos Premio Nobel de Medicina, Sada Kirpekar (EE.UU.), Dominique Aunis (Francia), Norberto Terragno (Argentina), Sir Salvador Moncada (Gran Bretaña-El Salvador), y muchos otros, sus discusiones, ideas y sugerencias para todos? Soy miembro de varias Academias de Medicina: Perú, Ecuador, Santo Domingo y, Miembro de Honor de la SAMS (EE.UU.-CA), de la Sociedad Terapéutica Argentina y de la Institución Gran Duque de Alba (Ávila).

No quiero dejar pasar esta ocasión sin hacer un breve comentario sobre algunos aspectos de mi actividad en la Real Academia Nacional de Medicina (RANM). En diciembre de 1987 ingresé en la RANM, en la que ocupé el sillón número uno y, en el que previamente ejerció como Académico, durante muchos años, mi Maestro D. Benigno Lorenzo Velázquez, que también fue Presidente de la Academia. Mi ingreso en la Academia ha sido el más preciado regalo que he recibido en mi vida profesional. Acostumbro a decir que la RANM es el templo sagrado del saber médico. De ello estoy seguro. Por la Academia, han pasado las más preclaras figuras de la Medicina Española; D. Santiago Ramón y Cajal, D. Gregorio Maraón, D. Fernando de Castro, D. Carlos Jiménez Díaz, D. Pedro Laín Entralgo y otros muchos igualmente eminentes. En ella creció y alcanzó mayoría de edad la Medicina Española, pero continúa con voluntad de cambio adaptado a la Nueva Medicina que nos toca vivir.

Hoy día, la Academia ha evolucionado sustancialmente, ha abierto sus puertas y extendido su actividad a la sociedad en general. Desde ella se irradian ideas y visión de futuro. Numerosos jóvenes médicos forman parte como académicos correspondientes y aportan, a diario, savia nueva al quehacer de la institución, que les tiende su brazo y al tiempo les

presta la sabiduría y el acervo científico acumulado desde años hace. No es posible reseñar aquí todas las actividades presentes y futuras de la Academia. Sería yo un iluso. Pero no quiero dejar de reseñar la edición del Diccionario Médico de la Academia que acaba de ver la luz hace pocos meses y es una obra excepcional y única en su género. En el han colaborado académicos y no académicos y expertos en lexicología, lo que hace de él una obra cumbre que empieza a verse en los más diversos ambientes médicos de España e Hispanoamérica. Otra gran tarea emprendida por la RANM, aun en sus comienzos, es el Museo de la Medicina Infanta Margarita. Además, se publican los Anales y el Boletín Informativo trimestralmente, ambos cada vez más interesantes y con mayor difusión. Todo ello sazonado con las actividades sistemáticas que los académicos numerarios y correspondentes desarrollan los martes de cada semana presentando comunicaciones científicas del más alto nivel. Cada día con mayor audiencia. Lejos pues de ser la Academia como alguien ha dicho, «*un cementerio de elefantes*».

Para terminar, quiero recordar un pensamiento atribuido a Robert F. Kennedy y que pienso podría constituir un logo para la RANM y para todos los médicos; dice así: «... *me maravillan las cosas que son, pero sobre todo lo hacen las que aun no han sido y me pregunto por qué no*».

En el futuro pienso que la Academia traerá sorpresas que ahora nos parecerían julio-vernescas. Y lo hago recordando como se dice en mi tierra abulense que «*donde hay neveros nunca se agotaran los veneros*»... Y haberlos hailos.

## Bibliografía recomendada

- Drews J. In quest of tomorrow's medicine. New York: Springer Verlag; 1999.  
 Feldberg W. The history synaptic and neuromuscular transmission by acetylcholine. Reminiscences of an eye witness. En: The pursuit of nature. Cambridge: University Press; 1987. p. 65–83.

- Furchtgott RF, Sánchez García P. Effect of inhibition of MAO on the action and interactions of norepinephrine, tyramine and other drugs on guinea-pig left atrium. *J Pharmacol Exp Ter.* 273 1968;163:98–122.  
 Furchtgott RF, Zawadzky JV. The obligatory role of endothelial cells in the relaxation of arterial smooth muscle by acetylcholine. *Nature.* 1980;288:373–6. 277 5.  
 García AG. La Farmacología Española en el año 2000. En: Un Simposio Internacional en homenaje al Profesor Pedro Sánchez García. Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: Farmaindustria; 2000.  
 Ortiz Vázquez J. Veinte años de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid: Análisis crítico de una experiencia docente. Madrid: Farmaindustria; 1989.  
 Osler Sir W. Aequanimitas and other addresses. London: H.K. Lewis; 1904.  
 Ramón, Cajal S. Reglas y consejos sobre investigación científica «Los tónicos de la voluntad», Colección Austral. 15 ed. Madrid: Espasa Calpe; 1999.  
 Sánchez García P. Cien años de aspirina ¿ Un fármaco con futuro? *R Acad Nac Med.* 1997;114:157–67.  
 Sánchez García P. Reflexiones de un farmacólogo en el umbral del siglo xxi: del laboratorio a la clínica. Discurso de apertura del curso académico de la Real Academia Nacional de Medicina. Madrid. 1999.  
 Sánchez García P. La neurotransmisión desde la otra orilla. *Act Farmac Ter.* 2008;6:259–63.  
 Sánchez García P. El desarrollo de la farmacología clínica en España. Madrid: Arán Ediciones S.L.; 2011.  
 Vos R. Drugs looking for diseases. Boston: Kluwer Academic; 1991.

P. Sánchez García  
*Catedrático Emérito de la Facultad de Medicina,  
 Universidad Autónoma de Madrid, Académico numerario  
 de la Real Academia Nacional de Medicina  
 Correo electrónico: pedro.sanchez@uam.es*